

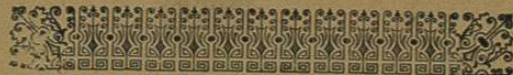
FRANCISCO VILLAESPESA

tono y repiqueteante de las codornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre trípodés de bronce, braseros de incienso, y las guirnaldas que festoneaban sus puertas parecían revivir milagrosamente en la fresca matutina.

Á orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

Á lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua, de algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la Ciudad al Procónsul romano.



Fuera de las murallas, en la explanada sobre el Illiso, bajo los mismos plátanos donde un día volaron las palomas á picar trigo en las manos de Platón, Pablo, sentado en la escalinata de mármol de un templo derruido, hablaba á la muchedumbre.

Los primeros reflejos solares bañaban de oro la copa de los árboles, y las últimas neblinas se deshacían en el glorioso triunfo de la luz, humeando allá abajo, en los vallados de los poma-

FRANCISCO VILLAESPESA

res y de los huertos, en las cercas de los jardines y en los bosques de laureles y de adelfas, entre los cuales serpenteaba la plateada corriente del río.

Un perfume intenso á naranjos y limones maduros, mezclado con el vaho húmedo de la tierra mojada y los lejanos efluvios salinos que venían del mar y el aliento cálido de los jardines cercanos, flotaba pesadamente en el aire.

Dyonisios se detuvo un momento.

A su orgullo patricio repugnaba el contacto de aquellas gentes abyectas y humildes que en el más religioso de los silencios escuchaban las palabras del Apóstol.

Eran esclavos escapados de las ergástulas, mostrando algunos, entre las cicatrices de las quemaduras, los sangrientos muñones de los brazos mutilados. Libertos miserables, sórdidos

ZARZA FLORIDA

traficantes, jornaleros de manos callosas, marineros de piel tostada por el sol de todas las latitudes; ramera envejecida en su oficio, cuyos senos flácidos colgaban por encima de las túnicas descoloridas, como frutos secos exprimidos por las manos y por las bocas de todos los caminantes; soldados bárbaros que, bajo las escamas de sus corazas, relucían al sol como monstruos marinos; mendigos, ciegos y paráliticos, entre los cuales se veía á veces, apoyada sobre el tronco de un árbol, la austera silueta de algún filósofo... Toda la hez de la ciudad y de un pueblo abierto á las galeras de todos los países.

Un olor acre de sudor y de miseria exhalaba aquella multitud abigarrada. Dyonisios sintió una viva ansia de regresar á la ciudad. Una misteriosa atracción detenía sus pasos, y apo-

FRANCISCO VILLAESPESA

yándose en el pedestal de una estatua mutilada se dispuso á escuchar.

Pablo, en medio de un coro de discípulos ávidos, cuyos ojos seguían atentamente las parábolas que en el aire trazaban las apostólicas manos de garra, refería uno de los más bellos momentos del Maestro Divino:

—«Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam.

Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente entre las arenas calcinadas.

Grupos de mujeres, con el ánfora en el hombro, regresaban, cantando, de las cisternas.

Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Galilea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba movibles sombras sobre la tierra.

Jesús en compañía de tres de sus discípulos,

ZARZA FLORIDA

iba á Betlem, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba, invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabbí de Galilea, tan amigo de los niños, á quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras á un viejo pastor de la Idumea, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad.

Sus ojos ardían como soles bajo la sombra oscura de las pestañas.

Sobre la túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban desparramados sus cabellos. Y el viento de la tarde estremecía, y hacía ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

«Sé generoso, decía, pero no humilles al desvalido con tu generosidad».

FRANCISCO VILLAESPESA

«Cuando des limosna, no mandes tocar delante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará».

Su voz era lenta y suave.

Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños corrían sonrientes á besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban agitando los brazos:

«¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hossana al hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hossana!... ¡Hossana!... ¡Hossana!...»

Jesús continuaba:

«No seas como esos ricos, licenciosos y avaros, que alimentan á sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta á los desheredados á la

ZARZA FLORIDA

mesa de tu corazón, y comparte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras... Llorá con él... Ésta es la verdadera caridad».

Caminaba lentamente.

Bandadas de cigüeñas brillaban al sol como flechas de oro.

Los rebaños seстеaban á las sombras de las olivas polvorientas.

Un pastor tañía un rabel á compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, de noches de luna, de maná del cielo, de leche de camellas y de vírgenes prudentes que encienden su lámpara esperando la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en

FRANCISCO VILLAESPESA

flor donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo quejumbroso y trémulo, entre la hendidura de las rocas.

En un ángulo del camino, al pie de una cabaña cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos, lívidos y purulentos...

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados y tenía además una tienda de perfumes en el Atrio del Templo, sacó de entre los pliegues de

ZARZA FLORIDA

la túnica una moneda de oro, y desde lejos, haciéndola girar en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de las provisiones que llevaba para el camino, y acercándose cautelosamente lo colocó junto al umbral de la cabaña,

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros, y andando con el extremo de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, lo dejó caer, con la punta de los dedos, sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús.

El sol empezaba á declinar, coronando de ro-

FRANCISCO VILLAESPESA

sas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabbí avanzó serenamente. Su perfil aquilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua...»